

prensa popular como la mayor amenaza del partido laborista a la democracia y a la libertad».

(\*) Tony Benn: *Arguments for Socialism*, editado por Chris Mullin, publicado en 1979 por Jonathan Cape y, en 1980, por Penguin Books.

## PIAGET O LA PASION DE INVESTIGAR

S. Sánchez Torrado

La obra y pensamiento de Piaget es una de las aportaciones intelectuales más importantes de nuestro siglo. El interés del libro que comento \* no alcanza sólo a los especialistas en psicología o pedagogía, a los expertos en un sentido más o menos amplio, sino que toca de lleno a toda persona sensibilizada en estas cuestiones y que desea conocer mínimamente el pensamiento de este gran hombre.

No es éste un libro de contenido sistemático, aunque está dividido por temas. Su estilo coloquial y fluido hace más fácil y sugestiva la lectura para quienes no conocen apenas nada de la obra de Piaget, y puede servir de estimulante introducción a ella. Para los ya iniciados en su pensamiento, resulta un complemento adecuado y enriquecedor.

La lectura de estas páginas rescata, en primer término, el perfil humano del intelectual de la consideración despectiva que, frecuentemente, merece

por parte del hombre de la calle. Lo que no es poco y supone una aportación de mayor envergadura que el interés estricto del libro en sí mismo. El alejamiento de la realidad, la sofisticación o la pedantería que suelen acompañar a mucha gente *de pensamiento* se ven desmentidos aquí por la naturalidad de un hombre cercano y cordial, espontáneo, que habla de temas muy diversos, que trabaja incansablemente en su ancianidad y que dedica los días de descanso a pasear en bicicleta por los alrededores de su casa. La figura de Piaget, a pesar de su carácter privilegiado y genial, supone un desafío para la mediocridad de muchos *intelectuales* y para el papanatismo de tantos *admiradores* y seguidores.

¿Psicólogo, biólogo, filósofo, epistemólogo? En un trabajo que ha durado medio siglo ha escrito los libros que han revolucionado el pensamiento científico contemporáneo. Su teoría demuestra que la evolución de la inteligencia de los niños reproduce en sus etapas el proceso histórico del conocimiento humano.

En estas conversaciones con Jean-Claude Bringuier, periodista de la prensa y la televisión francesa, Piaget habla libremente de sus trabajos y sus días. Se trasluce en ellas, sobre todo, su pasión por la investigación, hecha de rigor y de talento. ¿Qué es el talento? Como él mismo dice, es «el secreto más misterioso». De él hace gala Piaget con sencillez admirable. Y con un cierto coraje también.

He aquí algunos de los temas que desfilan por estas páginas: qué es la psicología; sabiduría e ilusión de la filosofía; el niño como modelo de

inteligencia en desarrollo; los mecanismos de asimilación y de acomodación; conocimientos y afectividad; la causalidad y la interpretación de los fenómenos de la realidad; la toma de conciencia; la memoria; la creatividad; la investigación fundamental y aplicada, etc.

Una de las características de Piaget ha sido siempre volver a reunir en el trabajo en curso todas las adquisiciones de las investigaciones pasadas, lo que confiere gran coherencia a su pensamiento. Sus colaboradores —algunos de los cuales también hablan a lo largo de estas páginas— admiran en él no al psicólogo de la niñez sino al filósofo de las ciencias que eligió al niño como instrumento de conocimiento. Está convencido de que no hay ninguna frontera entre lo vital y lo mental, entre lo biólogo y lo psicólogo. Lo único que realmente importa es saber leer el lenguaje del comportamiento (para Piaget la psicología es ciencia del comportamiento, no de la conciencia).

Piaget comenzó trabajando como biólogo, y el paso a la psicología se realizó porque quería comprender las condiciones en las que se producía el conocimiento. Deseaba encontrar (leyendo a Kant y a Bergson) un punto de interferencia entre los hechos y la reflexión. También confiesa que sintió los peligros de la especulación, que le atraía. La reflexión para él es una forma de plantear los problemas y no un modo de resolverlos. Conocimiento y creencia se distinguen. El conocimiento empieza a partir del momento en que es comunicable y controlable, aunque existen también conocimientos cualitativos.



Impresiona en Piaget la libertad de espíritu, la viveza, apasionamiento y rigor de su aportación científica. El cree en la investigación interdisciplinar y colectiva. Al estudiar la formación de los conocimientos, todos los problemas epistemológicos aparecen ligados entre sí y con la investigación psicológica. Su problema central es cómo llegar a lo nuevo. Lo admirable en el niño es encontrar siempre un individuo que parte de cero y ver qué ocurre. Pero Piaget matiza hablando de la indolencia del medio social y del carácter creativo de la adolescencia. Las estructuras de conocimiento se construyen por interacción entre las actividades del sujeto y las reacciones del objeto. La necesidad de la estructura está ligada a una necesidad de coherencia interior y de organización, sin lo cual es la anarquía interior y el desorden. La inteligencia es, por definición, la adaptación a situaciones nuevas y una construcción continua de las estructuras.

La asimilación es, ante todo para Piaget, un concepto biológico, lo que significa que el medio está subordinado a la estructura interna y no a la inversa. No hay acomodación sin asimilación, y viceversa. Piaget llama adaptación al equilibrio entre la asimilación y la acomodación. Ambas se respaldan, constituyendo el ajuste dinámico de la conducta, y no un mero equilibrio estático.

El niño sufre una transformación lenta, aunque a veces sus tomas de conciencia pueden ser abruptas, bruscas. Es importante la capacidad de excitar al niño, de interesarlo sin sugestionarlo. El motor de la inteligencia es básicamente efectivo y los sentimientos, a su vez, albergan estructuras

de conocimiento. A Piaget la búsqueda de la unidad le parece mucho más sólida que la afirmación de la unidad. Cualquier investigación sobre el niño, sobre la inteligencia, sobre la percepción se inscribe en un cuadro de conjunto.

Piaget es un hombre rigurosamente contemporáneo, de un hermoso eclecticismo universalmente reconocido y que vive una nítida pasión por la investigación. En opinión de Howard Gruber, discípulo y colaborador suyo, Piaget es el psicólogo del mundo que más ha hecho para desarrollar una teoría de la creatividad. Es preciso buscar siempre una síntesis de todo, una síntesis que progresa y se enriquece. Hay que retomar viejos temas, rehacer mucho, tener varias cosas en marcha a la vez, todos a la luz de los nuevos descubrimientos que se realizan. El trabajo en equipo es fundamental. La ciencia es una construcción del mundo a través del espíritu del hombre, y lo que se busca es una construcción que sea hermosa, simple y armoniosa. La ciencia tiene mucho en común con el arte.

Muchas otras cuestiones de interés encierran estas páginas, en el estilo llano y penetrante de la conversación. Toda ella es un muestrario vivo y cálido de un pensamiento hondamente iluminador.

(\*) *Conversaciones con Piaget*, Jean-Claude Bringuier. Ed. Gedisa. Barcelona, 1981. 2.ª edición.

## JOSE MARIA GUELBENZU: HACER LENGUAJE LA HISTORIA

Luis Suñén

La obra de José María Guelbenzu, compuesta ya de cinco títulos —*El Mercurio*<sup>1</sup>, *Antifaz*<sup>2</sup>, *El pasajero de ultramar*<sup>3</sup>, *La noche en casa*<sup>4</sup> y *El río de la luna*<sup>5</sup>— aparece ante su lector como uno de los más raros ejemplos de coherencia en su planteamiento, de trabajo hacia la madurez del propio estilo, de toda la novela española que se ha escrito en castellano a lo largo de los últimos años. Guelbenzu comenzaba en 1968 publicando un relato lleno de buenas intenciones vanguardistas, de influencias que comenzaban en Joyce y acababan en Cortázar, de irregularidades y de logros, pero también de una evidente ambición por ese tan necesario trabajo que ha de ser, para quien escribe, el hacer literatura desde la propia literatura. *Antifaz* proseguía esa línea voluntariamente excéntrica respecto a gran parte de lo que le era contemporáneo y, ahora, con la perspectiva que otorga el tiempo, también —junto a *El Mercurio*— el inicio de una obra que sabría superar sus límites impuestos con inteligencia y profundizar en un intento que el propio Guelbenzu definiría con toda precisión: «hacer lenguaje la historia».

Luego, tras un paréntesis de siete años, vendría *El pasajero de ultramar*, un libro que quizá se quede siempre un poco a trasmano al hablar de la obra de su autor, pero al que